



1953

Luis Oyarzún

1920-1972

Andrés Sabella

Lar, Ediciones Literatura Americana Reunida, una de las tareas de más hondor del poeta Omar Lara, nos aproxima a la poesía de Luis Oyarzún, obsequiándonos no sólo un agrado, sino una enseñanza de aquellas que nos colman de raíces y de porvenir en las palabras. Porque en Luis Oyarzún éstas se reciben en claridad y se las siente provenir, enteras, de la entraña del hombre: *Tierra de hojas* (Serie del Mirador, Portocaliu, 1987), lo contiene en intensidad y en gracia, las dos fuerzas que definen cuanto escribió el autor de *Las murallas del sueño* (1941), y de *Temas de la cultura chilena* (1967).

Citamos, intencionadamente, un tomo de poesía y otro de ensayo, pues Oyarzún disfrutó el equilibrio de sienes que significan estas dos formas del pensamiento. Lo disfrutó con grandeza. Andrenio indicó que el ensayista no es más que un poeta de las ideas: Luis Oyarzún lo probó. En donde quiera que leamos su obra, nos sorprenderán en júbilo su lucidez y su elegancia. Anotemos, acumulando llamas para su memoria:

“¿Quién nos exige tanta prisa?/ ¿Para qué?/ ¿Para dónde?/ ¿Hasta dónde?”, “Toda lluvia murmura al oído de un muerto”, “Los ojos necesitan renacer en las flores”, “El círculo acabado se sostiene en la luna”, “Reparten el arpa/ de las aguas tranquilas”, “El deseo del cielo engendra monstruos”.

En esta “Tierra de hojas” sentimos el paso del poeta, firme de rumbo, pisando, sereno, hacia “la tierra final” de su destino. En el primer poema del libro, “Tranquilidad”, nos advierte la medida

de sus fuegos: “No necesito buscarme ni esperarme”. El sabe que “agonizo a solas” y que, en el tránsito del ser y del no ser su trabajo es perseguir “la nada hasta su fin”, perseguirla con la dignidad del que avanza “lleno de lágrimas ajenas”, la del poeta sin remiendos.

La soledad de Oyarzún (“Mi corazón está solo en mí, lejos de este aire”) se alivia por su culto puro a la naturaleza, por su intimidad con los árboles y su hermandad con las pequeñas galas de Dios: las rosas, las begonias, las fucsias, los tréboles que perfuma el azar. El poema “Flor” lo esencializa:

“Recuerdo haber mirado lentamente/
una flor que empezaba a abrirse”.

Y “Teatro de sombras” lo hermana al espléndido Pedro Prado de “Los pájaros errantes”. La ciencia de los pájaros es la admirable. Dice Prado que, en la oscuridad de la noche austral, volaban los pájaros errantes sin distinguir nada ni distinguirse, pero que el viento no los dispersaría, porque “el canto los mantenía unidos”. El canto, la plenitud del hombre-poeta. Dice Oyarzún: “Ninguna luz guía a ese pájaro/ que regresa a su nido./ Vuela vacilante en la hondura,/ seguro de su camino”. Es la brújula del Creador la que lo conduce, encabezando su bandada, cantando para que en los aires triunfe la familia.

Lo nombrábamos, familiarmente, “Luchito Oyarzún”, lindo diminutivo para su grandor. Nunca se lo llamó “don Luis”. El don no era en el cosa de título: era bien de sangre.

Wlennas Molinos, Slp. 7-V-87
P. 2.

000 201 604

Luis Oyarzún [artículo] Andrés Sabella.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sabella, Andrés, 1912-1989

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Luis Oyarzún [artículo] Andrés Sabella.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile